LA SOLTERONA – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO DEL AMOR DESBORDADO

Como un problema ya sin posible solución, quedó ignorando para siempre entre las viejas y deslenguadas comadres de la cuenca del Río Caracol, el porqué Genara Frugone murió solterona.

--- Ni un compromiso se le conoció, siquiera.

--- Yo metería la mano en la candela por su doncellez

--- Y yo, lo mismo

--- Así es, pues.

Se hablaba de aquello en el velorio, mientras el cadáver de Genara reposaba en su caja blanca, entre flores de limonero, al resplandor de las espermas.

--- Como vino al mundo, así se va, la pobre…

--- ¡Ah!

La luz rojiza de las selvas le incendiaba de colores la pálida muselina del traje talar, y hasta osaba ponerle un sonrojo en las mejilla cristalinas, amarillas. Estaba bella en la muerte, como lo había sido en la vida, Genara Frugone. Con sus cuarenta años leves todavía, hundida en su sueño, parecía una muchacha de veinte. Se le ocurría a uno que podía levantarse de ahí y pasear, como antes lo hiciera, entre los naranjos y los pomarrosas del jardín, a la orilla del agua.

En la alcoba se apretujaba, llorosa, la familia: el padre, don Celestino, un italiano amontubiado, y la madre, doña Clara, una mulata. Porque de esta extraña pareja había nacido Genara Frugone, flor tropical. Don Celestino invocaba a todos sus santos napolitanos, impetrándolos la resurrección de su hija; luego maldecía de ellos y los insultaba con palabras asquerosas. Doña Clara gemía agudamente y sin descanso, callando solo cuando Celestino se ponía a injuriar a los santos. Entonces, ella se santiguaba, como haciendo un conjuro. Pero no se atrevía a increpar al marido ni a censurarle su proceder. Después, continuaba gimiendo por cuenta propia, sin hacer caso de nada.

--- ¿No tuvo enamorados Genara? ---preguntaba alguna de las concurrentes, en la sala.

--- Ninguno

--- Es decir ---corregía otra---, tuvo muchos; pero ella no le correspondía a nadie.

--- Eso es ---afirmaba una tercera---; pero tuvo muchos aficionados. Hasta un cura, ¿sabe?, el anterior al presente. Era un jovencito rubio, buenmozo… Los curas no deben ser buenosmozos, ¿Verdad, comadre?... Eso queda bien

para los soldados… No parecía fraile vea. Era gringo, italiano, como el padre de Genara, dicen… Ella, por supuesto, ni le miraba las patas; pero al curita se le notaba el hambre que tenía…

--- ¡Ja, ja, ja!

Se escuchaba un shshsh prolongado, reclamando silencio.

--- ¡Hay que considerar al cadáver! ---pontificaba una vieja comadre---. Porque a algo hay que considerar.

--- Sí ---rezongaba otra---: hay cosas que hay que considerar. Pero los jóvenes de hoy en día…

Esto iniciaba un discurso de media hora.

Las versiones acerca del porqué Genara Frugone rehusó siempre casarse, variaban al infinito. Había algunas francamente divertidas, en tanto que otras resultaban cansadas o, simplemente, estúpidas. Pero la verdad solo la sabían en la casa, en el pueblo, en el agro todo, dos personas. Había un tercero que también la sabía, pero de este se desconocía hasta que siguiera viviendo.

Y en cuando a las dos personas aquellas que estaban en el secreto, la más interesada en él yacía ahí, tendida en su ataúd, bajo una capa de flores de limonero. La otra era el padre Mata, que recibiera la última confesión de Genara.

El padre Mata era un sencillo cura de aldea, bueno, tan bueno que le tenían por tonto. En su rincón de la sala, mientras mecánicamente repasaba las cuentas de su rosario, se debatía con ese secreto que lo hinchaba. Y el secreto era, por cierto, un secreto de amor.

--- ¡Oh, Dios mío! ---soliloqueaba el padre Mata---: sé que he hecho mal, ¡perdóname! Estaba la infeliz arrepentida… Pero no debí hacerlo… Sí; esas galas blancas, esos azahares, son una ofensa a las vírgenes… Ella no lo era, y, lo peor… ¡Ah, Dios mío! Pero ¿cómo iba yo a revelar su infamia? ¿Para qué? ¿Para qué? Yo podría arrancarle esa corona, cubrirla con una mortaja negra… ¿Y qué? Sería el escándalo, y tu has enseñado huir del escándalo, ¿no es verdad? Ahora, ya está en tu seno: júzgala. Nosotros…

Continuaba de esta suerte sin hallar reposo, ora creyendo que había obrado bien, ora que su silencio merecía la condenación eterna… Y el secreto le quemaba; parecía salírsele del cuerpo; que le rebosaba, que iba a hacerlo explotar como una bomba.

¡Comadres torpes que no daban tregua a sus lenguas, inventoras malvadas! Más sil; en algo andaban ciertas. Era verdad que su antecesor en el curato, el padre Malatesta, estuvo enamorado de Genara; y algo más era, todavía, la verdad; que ella había sido de él… una vez… no más.

(A pesar de todo, al pensar en esto el padre Mata, no podía hurtarse a un cierto pequeño orgullo profesional).

Una vez…

"¡Una sola vez, padre! ¡Una sola!", repetía en su confesión de pocas horas antes esta Genara, ahora para siempre dormida.

"Pero ¡cómo pudo ser, hija mía! ¡Cómo pudo llegar a ser!"

Pues… Genara tenía entonces diez y ocho años, y se enamoró. Y esto era todo. ¡Todo! Él, por su parte, también se enamoró de ella.

¿El resto? Bueno… Una noche, en la iglesia… "Sí, padre; en la iglesia…". Discutieron largamente.

Él queria ahorcar los hábitos, fugar con ella y casarse. Decía que nadie, y mucho menos el Dios a quién servía, podía negarle su derecho a la felicidad. Ella no aceptó. Juzgaba monstruoso un hogar formado así. Un hogar maldito, decía.Fue entonces que él resolvió dejar el pueblo, pues aseguraba que no podía resistir más su tortura. Bajó a Guayaquil, gestionó con el obispo que lo destinaran a una misión en el Napo superior. Volvió al pueblo para arreglar sus asuntos; y entonces, otra noche… La misma Genara lo insinuó… Y se le entregó así, llanamente, por su propia iniciativa…, pero, antes, al parecer le hizo jurar que se marcharía del pueblo de todos modos…

El padre Mata no se atrevió a preguntar si lo que él llamaba "aquello" ocurrió también en la iglesia. Prefirió ignorarlo.

"Pero ¡cómo pudo ser, hija mía! ¡Y tú lo tentaste! ¡Cómo pudo ser!"

Genara contestó, sencillamente:

"Lo quería"

El padre Mata había advertido en el sombrío rostro moribundo pasar una claridad al decir esto.

Ahora miró el rostro muerto, y se estremeció.

"¡Dios la habría perdonado!", murmuró sin pensarlo mucho.

Meditó un momento. Habría sido una ilusión. Estaba en la faz de Genara, otra vez, la misma claridad jubilosa.

Sí; habría sido una ilusión. Quizás era el efecto de las luces que incendiaban de colores la muselina del traje y hasta osaban poner un sonrojo en las mejillas amanillas.